



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año VII | Número 24 | Agosto 2026

Intervención social en contexto de encierro: aprender a ser equipo. Hockey, vínculos y producción de sentidos colectivos en el Complejo Penitenciario de San Martín

Helga Tartari

1. Introducción: jugar en el encierro

Existe un momento, en cada entrenamiento, en que algo cambia. La vida cotidiana en la Unidad 47 transcurre en un estado de alerta permanente: requisas, "engomes", traslados, incertidumbre. Pero cuando las mujeres que integran el equipo Las Lobas salen a la cancha, ese estado cede. Entrenar y compartir con el equipo funciona como un corte que saca al cuerpo y a la mente del estado de vigilancia y los ubica en otro registro donde aparece el disfrute, el reconocimiento y la validación entre pares. Varias de ellas lo expresan con las mismas palabras: cuando juegan, se sienten libres.

Esta investigación nace de esa paradoja y de mi experiencia concreta como entrenadora y acompañante del grupo. Desde septiembre de 2019, la Asociación Civil Cuidá la Bocha lleva adelante un programa de hockey en la Unidad 47 del Complejo Penitenciario de San Martín, espacio que reúne a mujeres de distintas edades y pabellones en torno a un deporte de equipo. Lo que comenzó como una propuesta deportiva fue revelando dimensiones tales como la construcción de una identidad colectiva, el aprendizaje de una ética del cuidado y el establecimiento de vínculos que se sostienen incluso fuera de la cancha.

La investigación parte de mi doble inscripción como entrenadora, con seis años de presencia sostenida en el campo y mi posición como estudiante de Trabajo Social. Esa cercanía habilitó el acceso a escenas y relatos que difícilmente hubieran emergido desde una posición de investigadora externa, y me permitió construir un corpus de información que surge en la práctica, a partir de entrevistas informales, observación participante, registros audiovisuales y notas de campo producidas entre 2019 y 2025.

El problema que guía el trabajo puede formularse como una pregunta: ¿cómo se construyen sentidos de libertad, pertenencia y cuidado dentro de un contexto institucional que restringe, justamente, la libertad? Para responderla, la investigación se apoya en un enfoque teórico que articula la noción de institución total (Goffman, 2001), el análisis del cuerpo disciplinado (Foucault), los aportes de la criminología crítica latinoamericana (Zaffaroni, 2017), las pedagogías críticas

(Freire, 2015 y hooks, 2021) y la metodología de performance-investigación (Roa, 2023).

A lo largo del trabajo se habla de mujeres en contexto de encierro, y no de mujeres privadas de la libertad. La elección no es meramente terminológica. Implica reconocer que la libertad no puede ser completamente arrebatada por una institución, porque constituye una dimensión interna ligada al deseo, la subjetividad y la acción colectiva, y eso es exactamente lo que Las Lobas demuestran cada vez que salen a la cancha.



Las Lobas durante una salida extramuros. El deporte como puente entre el adentro y el afuera.

2. La cárcel como territorio de intervención

La Unidad 47 del Complejo Penitenciario de San Martín es una unidad carcelaria de la Provincia de Buenos Aires donde conviven mujeres en diversas situaciones procesales y penales. Como toda institución total —en el sentido que le diera Erving Goffman— organiza la vida cotidiana bajo lógicas de control. Los tiempos están programados, los espacios regulados, los vínculos vigilados. Las actividades que allí se desarrollan, incluido el deporte, existen en tensión permanente con esas lógicas.

En ese marco, el acceso al deporte como derecho no es automático. Depende de autorizaciones institucionales, de la disponibilidad de espacios, de los criterios del Servicio Penitenciario Bonaerense, de la voluntad política de los operadores de cada unidad. La práctica de Cuidá la Bocha se desarrolla en ese terreno. Se sostiene en el tiempo, pero siempre sujeta a mediaciones concretas que pueden interrumpirla.

A nivel nacional, la Secretaría de Deportes de la Nación implementó un programa de deportes en contextos de encierro durante 2021 y 2022, orientado a mujeres, jóvenes adultos y personas LGBTI+ privadas de libertad. En la Provincia de Buenos Aires, la legislación vigente (Ley 12.256 y decretos complementarios) reconoce formalmente el deporte como parte de los derechos de las personas detenidas. Sin embargo, como muestra esta investigación, la distancia entre el encuadre normativo y la experiencia concreta puede ser enorme.

Cuidá la Bocha ocupa ese espacio intermedio. Es una organización de la sociedad civil que, articulando con las autoridades penitenciarias, logra sostener una práctica deportiva semanal que, a lo largo de seis años, fue construyendo algo más que un equipo de hockey.

3. Hallazgos: lo que produce el hockey adentro

3.1. La experiencia del encierro: tiempo, rutina y pabellón

Para comprender lo que produce el hockey, es necesario comprender primero lo que produce el encierro. Las Lobas lo describen con precisión: el tiempo se vive como algo impuesto, repetitivo y sin horizonte. Las rutinas, tales como recuentos, horarios de visita y encierros nocturnos, organizan una existencia administrada desde afuera. La convivencia obligada en el pabellón genera una tensión permanente.

"Me siento libre de hacer lo que me gusta, a pesar de que estoy privada de mi libertad."
— Sami, 2025

En ese contexto, el entrenamiento aparece como un recorte temporal vivido de otro modo. Tiene un comienzo, un desarrollo y un final que las propias jugadoras

anticipan con expectativa. Es, en sentido literal, un tiempo elegido, esperado y recordado dentro de una cotidianeidad administrada.

3.2. El hockey como experiencia de libertad situada

El hallazgo más significativo, y el que estructura el análisis, es la forma en que las jugadoras nombran su experiencia durante el juego. Varias de ellas, en distintos momentos y contextos, utilizan la misma palabra: libertad.

"Jamás en mi vida pensé que iba a estar haciendo lo que estoy haciendo y que me guste tanto. Y me da la libertad para ser yo como persona." — Cuki, 2021

Esta experiencia de libertad no es abstracta ni ilusoria porque se inscribe en el cuerpo. Las jugadoras describen el placer de correr, gritar y reír como dimensiones concretas de bienestar que la cotidianeidad carcelaria rara vez habilita. La investigación propone leerla como libertad situada, es decir, una forma parcial y relacional de bienestar que no niega el encierro, pero sí lo tramita de otro modo.

"Correr, gritar, reír, expresar mis sentimientos." — Mili, octubre de 2025

"Me siento más segura de mí misma." — Vane, 2025

En términos teóricos, estos relatos permiten pensar que, aun en las condiciones más adversas, persiste un margen de decisión y de sentido, lo que Viktor Frankl denominaría la capacidad de elegir el propio camino, incluso cuando el entorno está estructurado para negarla.



Alegría y complicidad entre compañeras de Las Lobas tras un partido. El disfrute como dimensión central de la práctica.

3.3. Ser equipo, ser una Loba

Una de las dimensiones más ricas del análisis es la construcción de una identidad colectiva. Las Lobas no es sólo el nombre de un equipo de hockey. Es una forma de nombrarse y reconocerse que habilita pertenencia, compromiso y reconocimiento mutuo.

"Ser un equipo es ser compañeras, divertirnos. Y ser una Loba, para mí, es sentirme parte de un equipo y de chicas que conozco y respetarnos y divertirnos." — Ro, 2025

El concepto de equipo adquiere en el corpus un peso específico. No remite a una forma de organización deportiva, sino a un modo de estar con otras y de sostenerse en el encierro. Frente a una institución que fragmenta organizando la vida cotidiana por pabellones, por delito cometido y por grado de peligrosidad atribuido, el equipo abre una experiencia de horizontalidad.

"Acá adentro hay mucha diferencia en todo. Y acá sólo sabemos que estamos todas." — Eve, 2025

Esa horizontalidad no elimina las diferencias de edad, de trayectoria o de pabellón, sino que las suspende provisoriamente como criterio de valor. Lo que cuenta en la cancha no es de dónde viene cada una, sino el hecho de estar juntas en una práctica compartida. Esta escena de igualdad tiene, en el contexto del encierro, un valor político que va más allá de lo deportivo.

El análisis también muestra que el compromiso con el equipo se articula con la conciencia de que el espacio puede perderse. Las jugadoras saben que cualquier conflicto puede derivar en una sanción que les impida entrenar. Por eso, "ser una Loba" incluye también cuidar el espacio, sostener la continuidad, proteger colectivamente un lugar ganado con esfuerzo.

Una dimensión que enriquece esta construcción identitaria es la biográfica. Para algunas jugadoras, el hockey no es solo una actividad del presente sino un puente con algo que existía antes del encierro.

"Hace cuatro años ya... tuve un cambio de pabellón y las chicas ya me habían contado que hacían hockey en el pabellón y no me quise ir de traslado, quería experimentar el

juego de hockey otra vez, porque en la calle lo había jugado cuando era demasiado chica.” — Eve, 2025

Ese “no querer irse” permite inferir que el equipo es un espacio en el que Eve busca sostenerse, no sólo por el juego sino por un sentido de pertenencia. La práctica aparece, así como memoria corporal y afectiva, un reencuentro con algo que existía antes del encierro, que habilita la emergencia de un “yo” que no es el de “presa”.

3.4. La ética del juego limpio

Una categoría que emerge con fuerza en el corpus es el “juego limpio” como síntesis de los aprendizajes que produce la práctica. Lejos de ser una norma externa impuesta por las entrenadoras, el juego limpio aparece como un acuerdo que las propias jugadoras construyen y reproducen en las escenas concretas del entrenamiento.

“Juego limpio es cuidar a la otra, no golpearla, no hacer trampa.” — Mili, 2025

“Si se cae una compañera, levantarla, auxiliarla, creo que a cualquiera nos puede pasar.” — Gabi, 2025

El análisis muestra que estas reglas se aprenden en el tiempo biográfico de la práctica, no de un día para el otro, sino en la repetición de entrenamientos y en la acumulación de experiencias compartidas.

“Capaz que al principio sí, me enojaba porque perdían la bocha, pero después entendí que no, que se trata de un equipo y que todas venimos a aprender.” — Eve, 2025

En esa escena, pasar la pelota a quien recién empieza no es solo un gesto táctico sino un acto de reconocimiento. Implica ver a la otra, registrarla como par y compañera. En un contexto donde el encierro tiende a volver invisibles a las personas, ser habilitada a participar recibiendo un pase, siendo convocada, es una forma de existir para las demás. El pase es un voto de confianza.

Esta lógica dialoga con la idea de Freire de que “nadie educa a nadie, así como tampoco nadie se educa a sí mismo: los hombres se educan en comunión, y el mundo es el mediador” (Freire, 2015, p. 62). En el equipo no hay una entrenadora

que sabe y alumnas que ignoran. Las jugadoras con más experiencia acompañan, habilitan el error y sostienen a quien empieza. El saber circula entre pares. En esa misma línea, hooks señala que "tiene que haber un reconocimiento constante de que todos y todas influyen en la dinámica del aula, de que todo el mundo aporta" (hooks, 2021, p. 29). En el entrenamiento, esos aportes no son abstractos, sino que se juegan en el cuerpo, en el pase, en la decisión de incluir antes que de ganar.

Esta dimensión del aprendizaje puede leerse también desde la propuesta de Luz Roa (2023), quien plantea el cuerpo como territorio epistémico: un lugar donde se producen saberes que integran razón y emoción. Desde esta perspectiva, ciertas escenas del entrenamiento como el pase a quien recién empieza, el gesto de auxiliar a una compañera caída, la decisión de frenar a tiempo, no son solo hechos a describir sino situaciones donde se expresan aprendizajes encarnados, visibles en la manera de jugar, cooperar y sostener a otra. La práctica colectiva aparece así, como espacio donde el conocimiento se produce en comunión, donde el cuerpo y el afecto son parte del proceso formativo y donde el reconocimiento mutuo es condición para aprender.

3.5. El tercer tiempo y el cambio de mirada

Los intercambios con equipos visitantes y las salidas extramuros aparecen en el corpus como momentos que generan emoción, expectativa y un sentido de reconocimiento que no aparece en la rutina cotidiana. Cuando equipos de clubes externos ingresan a la unidad para jugar un partido, el lema de Cuidá la Bocha, "cambiemos la mirada", deja de ser una consigna y se vuelve experiencia concreta en la posibilidad de ser vistas de otro modo, de no ser miradas desde el estigma sino desde el juego.

Así el lema aparece como algo que las jugadoras efectivamente vivencian, no solo que la organización propone.

"Con la gente de la calle que viene y nos ven de otra mirada... de otra mirada."
— Pola, 2025

El "tercer tiempo"¹ que sigue a los partidos, con sus conversaciones y gestos de reciprocidad, amplifica ese efecto. En esos momentos, la frontera entre el adentro y el afuera se vuelve difusa, y las jugadoras experimentan algo que se acerca a la igualdad y al trato digno que el encierro habitualmente niega.

Las salidas extramuros, instancias en que Las Lobas visitan un club de hockey para jugar contra otro equipo, representan el punto de mayor intensidad de esa experiencia. Para algunas, es la primera vez en años que salen del complejo. Para todas, es la oportunidad de encontrarse con la familia, ser reconocidas como jugadoras y no como presas, y recomponer los lazos que el encierro tiende a deteriorar.

"Hace 5 años que no salgo a la calle. Para mí era coso... era algo diferente, ver los árboles, ver gente." — Pola, 2025



Una jugadora envuelta en la bandera de Las Lobas, al fondo las rejas y el cielo. La imagen condensa la tensión central de la investigación.

¹ El "tercer tiempo" es un momento posterior a un partido, especialmente en deportes como el hockey o el rugby, en el que ambos equipos se reúnen de manera informal para compartir comida o bebida, conversar y fortalecer el compañerismo más allá de la competencia.

3.6. Las mediaciones institucionales: derechos y obstáculos

La práctica no se desarrolla en un vacío. Las mediaciones institucionales — autorizaciones, listados, demoras, criterios de seguridad— aparecen en el corpus como dimensiones que pueden habilitar o restringir el acceso efectivo al deporte como derecho. Las jugadoras las nombran con precisión:

"Me enojé con la jueza porque dijo 'peligro de fuga'; yo no me fugué cuando salía de transitoria, ¿me voy a fugar ahora que es lo que más quería salir a jugar?" — Cuki, 2025

Estas mediaciones no son, desde el enfoque de derechos que adopta la investigación, meros detalles administrativos. Inciden en el ejercicio efectivo de condiciones dignas de vida y en la posibilidad real de sostener prácticas colectivas que producen bienestar. Cuando el tiempo institucional se impone arbitrariamente, cuando las jugadoras saben que si les dicen "a las 8" deben estar listas a las 6, porque "ya aprendieron cómo son", se pone de manifiesto cómo el poder punitivo opera en la vida cotidiana.

Al mismo tiempo, el corpus muestra que las mujeres no son receptoras pasivas de esas mediaciones. Desarrollan estrategias para sortearlas, sostienen el espacio colectivo del hockey como un bien común que vale la pena cuidar, y construyen formas de agencia que exceden la cancha.

4. Conclusiones: el deporte como trama colectiva

Los hallazgos de esta investigación permiten sostener que el hockey en equipo en la Unidad 47 no es una actividad que "ocupa" el tiempo intramuros, sino que lo disputa. Es una práctica que produce sentidos, vínculos y aprendizajes que resignifican la experiencia cotidiana del encierro y habilitan proyección hacia el futuro.

En síntesis, el análisis muestra que la práctica:

- Interrumpe la temporalidad del encierro y habilita experiencias de libertad situada no como ausencia de encierro, sino como una manera distinta de habitar el cuerpo y el tiempo dentro de la cárcel.

- Construye vínculos y sentidos de pertenencia ("ser equipo", "ser Lobas"), producidos y consolidados en la práctica misma a través de acuerdos, reglas compartidas y gestos de cuidado.
- Instala aprendizajes vinculados al juego limpio y a una ética del cuidado que las jugadoras transfieren a otros ámbitos de la vida intramuros.
- Abre puentes con el afuera mediante visitantes, terceros tiempos y salidas extramuros, disputando estigmas y habilitando condiciones de reconocimiento más cercanas a estándares de dignidad.
- Se desarrolla en tensión con mediaciones institucionales que inciden en el acceso efectivo a la práctica como derecho.
- Potencia sentidos de futuro: el deseo de continuar jugando al salir en libertad, de replicar la experiencia en el barrio, de transmitir a otras lo que el equipo enseñó.

4.1. Aportes al Trabajo Social

Desde el campo del Trabajo Social, esta investigación aporta una visión que resiste dos lecturas opuestas: la romantización de la práctica deportiva como solución mágica al problema carcelario, y su reducción a un "entretenimiento" desvinculado de su potencia política y relacional. El deporte en la cárcel no ocupa el tiempo, lo disputa.

Alfredo Carballada (2010) plantea que la intervención no puede pensarse como aplicación de recetas generalizables, sino como un proceso que se construye en relación con las condiciones concretas del escenario, a partir de la escucha, el reconocimiento del otro y la comprensión de la historia de los sujetos. En esa línea, el deporte en equipo en la Unidad 47 puede comprenderse como una práctica colectiva que produce lazos, acuerdos y sentidos compartidos en un entorno atravesado por el aislamiento y la fragmentación. Desde la intervención, esto implica reconocer que el valor de la práctica no está únicamente en sus efectos subjetivos, sino también en los desplazamientos que produce en el plano institucional. Cuando las mujeres forman un equipo, el entrenamiento deja de ser un

tiempo "prestado" y pasa a ser un espacio colectivo con continuidad y sentido compartido.

Susana Cazzaniga (2009) señala que toda intervención se despliega en marcos institucionales atravesados por relaciones de poder y que el Trabajo Social no puede reducirse a una dimensión técnico-operativa sino que constituye una práctica política y relacional. Esto implica reconocer que organizarse, reclamar y sostener un lugar propio en la rutina intramuros es también una forma de agencia colectiva.

Desde perspectivas grupales y comunitarias, René Kaës (1993) sostiene que los dispositivos grupales habilitan la construcción compartida de significados, y que los sujetos elaboran experiencia e identidad en relación con los otros. Por su parte, Ana María Fernández (1996) entiende los grupos como escenarios políticos de producción de subjetividad, donde se disputan sentidos y se redefinen lazos. En esa línea, el hockey opera como práctica comunitaria intramuros como un espacio donde se construye equipo, se tramitan conflictos y se aprenden reglas y cuidados no como normas abstractas, sino como experiencias encarnadas en la acción colectiva.

Intervenir, en este marco, no es sólo "llevar una actividad". Es construir condiciones para que esa experiencia sea posible y significativa negociando con las instituciones, defendiendo la continuidad de los espacios, escuchando activamente y sosteniendo una relación de confianza que no exija la palabra ni fuerce la emoción. Es también reconocer que las mediaciones institucionales se transforman, a veces, en obstáculos para el ejercicio de derechos, y no son sólo meros inconvenientes logísticos. Como señala Freire, la intervención no es una acción "bancaria" ni asistencial, sino una práctica dialógica que reconoce a las participantes como sujetos de saber y de palabra (Freire, 2015). Y como refuerza hooks, lo educativo se juega en el cuerpo, en el afecto y en los vínculos (hooks, 2021).

4.2. Una pregunta que es también un compromiso

El estudio deja abierta una pregunta que también es un desafío político: ¿cómo consolidar y ampliar las condiciones para que estas experiencias se sostengan y se multipliquen? ¿Cómo hacer del deporte colectivo un derecho efectivo y no un

privilegio, que no quede librado a la voluntad de organizaciones aisladas ni a la buena disposición de las autoridades de turno?

La experiencia de Nanci, quien, al recuperar su libertad, comenzó a liderar una escuela de hockey en su barrio, ofrece una respuesta posible. A veces lo que se construye adentro puede proyectarse afuera, y lo que se aprendió en equipo puede transmitirse a otras. "Las Lobas... falta el nombre para el equipo de acá", dijo Nanci. Esa continuidad, ese deseo de seguir, es uno de los hallazgos más significativos de la investigación.

"Como que lo mismo que ustedes nos transmitieron en algún momento cuando estábamos allá, ahora que yo estoy de este lado y veo las cosas... que se puede. A través del deporte uno siempre puede salir." — Nanci, 2021

El tiempo en cancha no es un tiempo cualquiera. Es un tiempo esperado durante la semana, vivido con intensidad cuando llega y recordado después, cuando el pabellón vuelve a cerrarse. Esa temporalidad, la del deseo, el disfrute y el recuerdo, es en sí misma una forma de resistencia a la lógica del encierro, que administra el tiempo para disciplinar y no para habilitar.

Esto abre una pregunta hacia adelante: ¿qué pasaría si ese tiempo no fuera la excepción sino la regla? Una de las apuestas que surge de esta investigación es la necesidad de que las organizaciones de la sociedad civil multipliquen su presencia intramuros con talleres, propuestas educativas, actividades culturales, deportivas, artísticas. No como beneficios ni como entretenimiento, sino como parte de una política de trato digno. Porque cuando está la presencia comprometida de entrenadoras, talleristas, organizaciones que vuelven semana a semana, algo cambia en el modo en que la institución regula sus prácticas. La presencia sostenida de la sociedad civil no solo produce experiencias significativas para las mujeres, sino que también disputa la administración que ejerce el encierro del tiempo y del cuerpo. Saturar ese tiempo con propuestas es también una forma de garantizar derechos.

Referencias bibliográficas

- Carballeda, A. J. M. (2010). *La intervención en lo social: Exclusión e integración en los nuevos escenarios sociales*. Paidós.
- Cazzaniga, S. (2009). *La intervención en Trabajo Social*. Universidad Nacional de Entre Ríos.
- Fernández, A. M. (1996). *Las lógicas colectivas: Imaginarios, cuerpos y multiplicidades*. Nueva Visión.
- Foucault, M. (2008). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI.
- Frankl, V. E. (1979). *El hombre en busca de sentido*. Herder.
- Freire, P. (2015). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.
- Goffman, E. (2001). *Internados: Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Amorrortu. (Obra original publicada en 1961).
- hooks, b. (2021). *Enseñar a transgredir: La educación como práctica de la libertad*. Capitán Swing. (Obra original publicada en 1994).
- Kaës, R. (1993). *El aparato psíquico grupal: Construcciones de grupo*. Paidós.
- Roa, M. L. (2023). De la etnografía al teatro: Caminos metodológicos de una performance-investigación colaborativa con cosecheros/as de yerba mate de Misiones (Argentina). *Cuadernos de Música, Artes Visuales y Artes Escénicas*, 18(1), 214-235. <https://doi.org/10.11144/javeriana.mavae18-1.cmya>
- Zaffaroni, E. R. (2017). El enemigo en el derecho penal. En Instituto Brasileño de Derechos Humanos (IBDH) & Instituto Interamericano de Derechos Humanos (IIDH) (Eds.), *Estudios en ciencias penales y derechos humanos* (Tomo 6, pp. 125-174). IBDH; IIDH. <https://repositorio.iidh.ed.cr/handle/123456789/2240>

Nota sobre la investigación

Este artículo es una versión de divulgación de la Tesis Final de Grado de la Licenciatura en Trabajo Social de la Universidad de San Isidro. El trabajo completo fue defendido en abril de 2026 bajo la tutoría de la Dra. María Soledad Vázquez. Las fotografías pertenecen al archivo de la Asociación Civil Cuidá la Bocha y se reproducen con autorización.